



# Metáforas y lenguajes

Enrico Nuzzo

en la historia de la filosofía política\*

El argumento encarado sintéticamente en esta contribución –de corte eminentemente teórico y programático–<sup>1</sup> presenta una serie de interrogantes de suma importancia con vistas a replantear una discusión en el ámbito de la historia de la filosofía política, es decir: de una historia del pensamiento político caracterizada por una atención prestada de manera preeminente –o marcada– a la índole de lo filosófico en el pensamiento político; interrogantes que se concentran, finalmente, en la pregunta sobre el estatuto epistémico de la filosofía política, en vista de las presencias de lo metafórico en sus lenguajes, con las consecuencias que pueden derivar de ello para repensar la historia de la filosofía política.

A una interrogación similar puede finalmente conducir una operación reflexiva que, en sus comienzos, concierne a algo más bien obvio: la constatación de que el recorrido por las páginas de cualquier texto de los que habitualmente son definidos como *políticos* conlleva encontrarse con pensamientos, ideas, creencias, convicciones, etc., que se expresan dentro de determinadas modalidades comunicativas, lingüísticas, *retóricas*, eventualmente peculiares de ciertas tradiciones del pensamiento político; *in primis* con formas de escritura propias de un género literario (el diálogo, la oración, el tratado, la *summa*, el panfleto, el escrito utó-

\* Traducción de Fulvio Cárpano. Sus observaciones se indican como *N.d.t.*

1. Este trabajo amplía y reelabora profundamente una presentación –con un título afín: «Lenguajes y metáforas en la historia de la filosofía política»– hecha en el Convenio *Come scrivere la storia* (Salerno, 4-7 de junio de 2003), hasta ahora inédita y destinada a ser publicada en las *Actas* correspondientes, a cargo de Gianfranco Borrelli y del subscripto.



pico, etc.); con modalidades expresivas que caracterizan a un estilo reconocible; con empleos de metáforas que se difunden, a menudo, con intensidad y constancia particulares.

En este último aspecto –que es el que interesa crucialmente a las consideraciones que estamos desarrollando: lo metafórico en el pensamiento político–, una ejemplificación de lugares o campos metafóricos individuales y de sus posibles clasificaciones debería resultar superflua. Pero en lo relativo a la materia central de este artículo puede resultar oportuno traer a colación –de manera completamente asistemática– algún elemento ejemplificatorio, aunque más no fuera para anunciar ya el tipo de cuestión que aspiramos a presentar como objeto principal de la investigación, y que conlleva también un interés destacable hacia un cierto tipo de definición y partición de los fenómenos metafóricos.<sup>2</sup>

En efecto, el principal interés no es aquí volver a examinar y pensar un tipo de distinción clasificatoria, taxonómica (siempre útil, sin dudas), operada sobre la base de la predisposición de elementos metafóricos o de familias metafóricas a ser eminentemente –o mayormente, o más eficazmente– utilizados en los discursos políticos.

Más bien nos interesa, de modo principal, proponer una distinción diferente, muy general, que se basa en el relevamiento de una muy dinámica fenomenología de las condiciones y prácticas de uso más o menos *reflexivo*, por parte de los autores, de los multiformes elementos lingüísticos de tipo metafórico que aparecen en el seno de sus discursos; digamos, pues, la *tematización* o *tematizabilidad* –o, viceversa, la *no tematizabilidad*– de los mismos. En efecto, los elementos lingüísticos pueden ser usados según modalidades que van desde los modos propios de la conceptualización más intencional, hasta los de la *metaforización* más constitutivamente inconsciente. En este último caso, entonces, se da una condición de *no tematizabilidad* de los elementos de tipo metafórico en el horizonte de sentido originario de su producción (y asimismo de una no fácil tematizabilidad posterior): una condición que puede resultar decisiva por la importancia que pueden así asumir tales elementos (especialmente en el caso de las metáforas «más profundas» o de las «metáforas absolutas», de las que ha hablado Blumenberg).

2. Dejando obviamente aparte distinciones y definiciones muy generales. Como, por ejemplo, entre metáfora y metonimia, etc., o entre «directriz metafórica» y «directriz metonímica», habituales en formulaciones de la retórica tradicional o en propuestas cercanas a ella (Roman Jakobson, etc.). Sobre esto será suficiente decir que adoptamos el uso más amplio posible del término *metáfora*, que incluye también los otros tropos *familiares* (digamos, otras metáforas de metáforas; término que ya tiene su conocida matriz metafórica...). O como las distinciones entre los *topoi* metafóricos individuales y, luego, entre campos metafóricos, familias metafóricas (o clases, subclases, etc.).



No es difícil dar un ejemplo cualquiera de las clases o familias metafóricas (con los correspondientes lugares metafóricos individuales, etc.), y, dentro de tal ejemplificación, indicar más específicamente las familias que son también, o mayoritariamente, pertinentes a las formas de discurso político; tanto más si, como en nuestro caso actual, nos limitamos al pensamiento político *teórico* y no entramos en el discurso político *práctico*, publicístico, etc. (en la medida en que esta distinción se sostenga).<sup>3</sup> Y se puede también sugerir que se individualicen dentro de tales familias las particiones más amplias, distinguiendo, valga el caso, entre las familias metafóricas de tipo *epistémico* (más o menos comunes a las similares de tipo *filosófico*), relativas al saber o a los saberes de lo político, y las familias *descriptivas* de su objeto (las formas políticas y/o el hombre político), o, por así decir, relativas a la *praxis*, al actuar político.

De este modo, para la representación de los saberes de la política y de los caracteres de los *principios* de la misma, puede remitirse a las configuraciones metafóricas más significativamente adoptadas en la tradición filosófica respecto del conocimiento humano. En este sentido, tenemos las epistémicas: *lumínica*, o *ígneas*, o *celestes* (en verdad, fundamentales también en las representaciones del orden social y político, o también —especialmente la segunda— de principios como la justicia, etc.); el *viaje cognoscitivo*, tal vez náutico o laberíntico; la *escucha*; la *cacería*; la *constructivo-poética* (propia del hacer); la *constructivo-arquitectónica*, es decir: el edificio, la ciudad, la misma nave (aquí, sin embargo, prevalecen los usos políti-

3. Basta para ello consultar los repertorios bibliográficos bien sólidos o algún trabajo —tan meritorio como, de hecho, no frecuente— especialmente dedicado al tema de las metáforas políticas. Para los repertorios bibliográficos más amplios y significativos, que se encuentran disponibles, ante todo hacemos naturalmente referencia al volumen de W. A. Shibles, *Metaphor. An Annotated Bibliography and History*, The Language Press, Whitewater, 1971; seguido por *Metaphor. A Bibliography of Post-1970 Publications*, editado por J.-P. van Noppen *et alii.*; y sucesivamente: *Metaphor II. A Classified Bibliography of Publications 1985 to 1990*, editado por J.-P. van Noppen y E. Hols, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam-Philadelphia, respectivamente de 1985 y 1990 (se trata de los volúmenes 17 y 20 de la colección «Library and Information Sources in Linguistics»).

Entre las obras de conjunto más consistentes que se han ocupado de las metáforas de lo político, sobresalió durante mucho tiempo la de D. Peil, *Untersuchungen zur Staats- und Herrschaftsmetaphorik in literarischen Zeugnissen von der Antike bis zur Gegenwart*, Fink, München, 1983. Prevalcientemente caracterizados por un corte taxonomista, pero ricos también en indicaciones historiográficas, y muy documentados, a la par que equilibrados, se revelan los trabajos de Francesca Rigotti, *Metafore della politica*, Il Mulino, Bologna, 1989, y sobretudoo *Il potere e le sue metafore*, Feltrinelli, Milano, 1992 (con un útil Apéndice Bibliográfico); en este último refluje su ensayo de apertura, con funciones introductorias («Rassegna introduttiva sulle metafore storico-politiche»), en el volumen *Il potere delle immagini. La metafora politica in prospettiva storica. Die Macht der Vorstellungen. Die politische Metapher in historischer Perspektive*, a cura di/hsg. von W. Euchner, F. Rigotti, P. Schiera, Il Mulino-Duncker u. Humblot, Bologna-Berlin, 1993, pp. 7-30. No encaramos la tarea, que resultaría insostenible en esta ocasión, de proporcionar ulteriores actualizaciones orgánicas respecto de estos trabajos.



cos, como en el caso del edificio político y sobre todo el de la nave y el timonel); la *naturalista-botánica* (el árbol o el jardín del conocimiento, las semillas de la verdad, etc.); la *representación espacial* (por contigüidad: los foros, los teatros, las plazas del saber, etc.); para no hablar de *lo alto y lo bajo* y de *lo interno y lo externo*, o del *centro* y de la *periferia* (pero estas figuras metafóricas pueden ser campos privilegiados de estudio en torno a la matriz *sociomórfica* de las *metaforizaciones profundas* de lo real); y se puede seguir en esta línea.

Frente a tales configuraciones metafóricas han sido adoptadas otras que se revelaron más idóneas par dar cuenta de la *materia* de la política (en primer lugar, de las formas políticas, pero asimismo de los seres humanos en su dimensión política) y sus avatares, el actuar políticamente. Con una clasificación que no se pretende sistemática, indiquemos las configuraciones metafóricas *organicístico-naturalista-biológicas* (del cuerpo natural), y –ligadas a ellas– las *naturalista-fisiológicas* (la cabeza, el ojo, la oreja, el corazón, la sangre, el espíritu, y sobre todo los humores, en relación estrechísima con las teorías y tradiciones hipocrático-galénicas y, más en general, con la teoría de los cuatro elementos, etc.); y sobre todo, del lado práctico, las *médicas* (patologías, diagnosis y curas de los cuerpos políticos); las que llamaríamos *cosmofísicas* o *cosmológicas* (con las figuras centrales –a nuestro entender– del movimiento y de la quietud, y la –por tanto tiempo crucial– correlación entre quietud y perfección); las *mecanicistas* (figuras de la máquina, el reloj, por ende también del equilibrio mecánico, comunmente traída a colación en virtud de su oposición a las precedentes); la *pastoral* (a propósito de la cual resulta superfluo recordar los análisis recientes que las retoman); las del *tejido* (que nos llevan inmediatamente a Platón: «el arte real de tejer» los elementos de lo político; pero también se teje el «hilo del pensamiento» –objeto de un bello libro reciente– o del «destino»); la *náutica* (subclase de la metaforización *acuática* y también –tal vez más significativamente– de la metaforización ligada a la *praxis*); las de la *armonía musical*, la *sociabilidad* (simpatía, amistad, matrimonio, familia, entre las cosas y entre los seres humanos), el *juego*, o el *teatro* (metáfora antropológica por excelencia, pero por eso mismo también antropológico-política); la metaforización *bélica*, *militar*; y así en más.

Respecto de tales campos metafóricos, un mismo lugar metafórico puede remitir, naturalmente, a distintos campos. Así –para dar un ejemplo relativo a la esfera cognoscitiva– el «ojo del intelecto» se inscribe en una configuración metafórica *naturalista-fisiológica*, pero más aún en una *lumínica*, declinada junto a otra, la de *lo alto y lo bajo* y de *lo interno y lo externo*. También así –en lo concerniente a ámbitos más propios de lo político– la figura de la *quietud* remite a ámbitos y configuraciones metafóricas donde se entrecruzan teorías y creencias cosmofísicas relativas a los cuatro elementos, a los cuatro humores, a patologías y curas de los



organismos políticos, a *armonías* o a *enemistades* presentes en lo real; y demás similares.

Los últimos ejemplos que hemos considerado pueden valer para introducirnos en un grado más delicado del posible trabajo sobre los perfiles metafóricos del lenguaje. El lugar del «ojo del intelecto» se inscribe en variados campos metafóricos, remitiendo en última instancia a la idea tácita, a la figura secreta –en los usos habituales de tal *topos*, especialmente en el Neoplatonismo– de una verdad que se capta de manera privilegiada en una dimensión de inmediatez y transparencia. El lugar de la *quietud*, de la *perfección-quietud*, a su vez tiene que ver con la vigencia absoluta de un completo horizonte de pensamiento cosmofísico, por mucho tiempo incuestionable, que se reveló como un fondo *imaginativo*, del cual tomar –de un modo irreflexivo– valores e ideas rectoras para un sinnúmero de argumentaciones y construcciones amplísimas, inclusive para la caracterización de importantes *lenguajes* propios de la historia del pensamiento político (más adelante ejemplificaremos con el «aristotelismo político»). Es decir, estamos en presencia de horizontes, fondos, significados profundos (a menudo tanto más profundos cuanto más inaccesibles); de universos o formas de discurso expresos y a los que se accedía mediante registros metafóricos que no le resultaban accesibles a quien los empleaba; *claves* no poseídas, no disponibles ni tematizables por parte de quien *habitaba* en el interior de esos horizontes de sentido.

De este modo pueden ser considerados, para atenernos a los ejemplos aducidos, la idea, el valor (un estrato primario de sentido) de la positividad de la *luz* que conecta *vista* y *verdad*; o viceversa, la idea, la figura, de la primariedad de la *escucha obediente*, que pone en relación estrecha precisamente la *palabra escuchada* y la *verdad*; o la idea, el valor, de la positividad de la *quietud*, por eso ligada a la *perfección*.<sup>4</sup>

4. Para obviar el carácter prácticamente enunciativo de la mayor parte de las indicaciones críticas que comenzamos aquí a realizar, y al hecho de que la literatura crítica –cuya citación se volvería de otro modo amplísima– apenas será evocada accidentalmente en alguno que otro lado, nos vemos obligados a remitir a los trabajos nuestros que han tematizado la aproximación *metaforológica* a la historia del pensamiento filosófico y político. A un perfil teórico corresponden los ensayos siguientes: «La "letteratura nella filosofia". Modelli letterari e moduli metaforici nella scrittura filosofica moderna», en *Filosofia e letteratura tra Seicento e Settecento. Atti del Convegno Internazionale (Viterbo, 3-5 febbraio 1997)*, Archivio Guido Izzi, Roma, 1999, pp. 111-138; «Metaforologia e storicità. Su alcuni problemi e prospettive di ricerca», en *Ermeneutica Fenomenologia Storia*, a cura di G. Cacciatore, P. Colonello, D. Jervolino, Liguori, Napoli, 2001, pp. 107-133, en traducción al castellano: «Metaforología e historicidad. Sobre algunos problemas y perspectivas de investigación», en *Quaderns de Filosofia i Ciència*, 32/33, 2003, pp. 47-66; «Tra storicismo e metaforologia», en curso de publicación en las *Actas del Seminario Storicismo/Storicismi*, que tuvo lugar en Nápoles 2004-2005.

Las contribuciones siguientes representan los primeros capítulos provisorios de una investigación sobre la *metaforización urbana* entre la antigüedad y la primera modernidad: «Tra *akropolis* e *agorà*.



Respecto de todo esto, no es válido objetar que mucho de lo dicho ya es bien conocido, pues la cuestión es si se comete, o si se ha cometido, traición a tal *familiaridad* en los estudios tradicionales del pensamiento político, en especial de la

I primi filosofi e la piazza», en *La piazza nella storia: eventi, liturgie, rappresentazioni*, a cura di M. Vitale e D. Scafoglio, Edizioni Scientifiche Italiane, Napoli, 1995, pp. 315-347; «Vite e luoghi dell'anima e della città ideale in Platone», en *Vite di Utopia*, a cura di Vita Fortunati e Paola Spinuzzi, Longo Editore, Ravenna, 2000, pp. 57-68; «Tra "postos di guardia", "agorà" e "acropoli" in Aristotele. Luoghi della città e tempi della vita nella *Politica*», en *Genealogia dell'umano. Saggi in onore di Aldo Masullo*, a cura di G. Cantillo e C. Papparo, vol. II, Guida, Napoli, 2000, pp. 713-755.

Otros trabajos de campo destinados a autores individuales o temáticas particulares, entre los editados, son: «Tra metafore "naturali" e metafore "civili": gli itinerari della conoscenza in Giambattista Vico», en *Aria, terra, acqua, fuoco: i quattro elementi e le loro metafore. Luft, Erde, Wasser, Feuer: die vier Elemente und ihre Metaphern*, a cura di/hsg. von F. Rigotti – P. Schiera, Il Mulino-Duncker u. Humblot, Bologna-Berlin, 1996, pp. 167-211; «Le "cose umane" tra "mutazioni" e "ordini" in Machiavelli. Rappresentazioni concettuali e figure metaforiche», en *Archivio di storia della cultura*, XII, 2000, pp. 3-26; «Le figure metaforiche nel linguaggio filosofico di Bruno», en *La mente di Giordano Bruno*, a cura di F. Meroi, Olschki, Firenze, 1004, pp. 13-60; también sobre Vico: «L'immaginario naturalistico. Criteri e figure della scienza della storia in Vico», en *Bollettino del Centro di Studi Vichiani*, XXXIV, 2004, pp. 35-56; en versión francesa: «Critères et figures de la science de l'histoire chez Vico», en *Noesis*, 8, 2005, fascículo dedicado a «*La Scienza Nuova* de Giambattista Vico», bajo la dirección de André Tosel, pp. 285-307; «Tra la visione estrema e il naufragio. Figure del rischio e dell'azzardo nel linguaggio filosofico occidentale», en *La vita in gioco. Antropologia, letteratura, filosofia dell'azzardo*, a cura di D. Scafoglio, Marlin Editore, Cava de' Tirreni, 2006, pp. 99-137.

Entre los trabajos en vías de publicación, señalamos «Education et vie civile chez Giordano Bruno», Actas del Convenio *Education, transmission et renovation à la Renaissance* (Lyon, 2003), en editorial Droz; y su versión –con modificaciones– en castellano: «El Renacimiento como imitación y formación. Educación y vida civil en Giordano Bruno», Actas del Convenio *Filosofía, arte, música* (Madrid, 2005), en UNED; trabajos, éstos, que tematizan difusamente sobre todo las connotaciones políticas de las metáforas de la *escalera* y de la *rueda*; «Aux limites de la raison. Figures métaphoriques dans le langage philosophique de Descartes», Actas del Coloquio *Les enjeux du rationalisme moderne: Descartes, Locke, Leibniz* (Carthage, 2004), en versión italiana, también en prensa en Rubettino: «Tra la vista ed il tatto. Figure della conoscenza in Descartes».

Hemos encarado una propuesta de estudiar heurísticamente en la historia del pensamiento político los *lenguajes* particulares entendidos como conjuntos de ámbitos temáticos, formas conceptuales y lingüísticas, *topoi* determinados, etc., en «Crisi dell'aristotelismo politico e ragion di Stato. Alcune preliminari considerazioni metodologiche e storiografiche», en *Aristotelismo politico e Ragion di Stato. Atti del Convegno Internazionale* (Torino, 1993), a cura di E. Baldini, Olschki, Firenze, 1995, pp. 11-52; una versión diversa lleva el título «Aristotelismo politico e Ragion di Stato: problemi di metodo e di critica attorno a due categorie storiografiche», en *Archivio di Storia della Cultura*, IX, 1996, pp. 9-61. Una investigación de envergadura, que sigue a otras sobre los lenguajes de la razón de Estado y del maquiavelismo, y que concierne al lenguaje del tacitismo, tuvo su primera realización en un amplio ensayo titulado «Vico, Tacito, il tacitismo», en *Tacito e tacitismi in Italia da Machiavelli a Vico. Atti del Convegno* (Napoli 2001), a cura di S. Suppa, publicado en el volumen «Teoria e storia della ragion di Stato», Quaderno 3, Napoli, Archivio della Ragion di Stato, 2003, pp. 149-199; también en español: «Vico, Tácito y el tacitismo», en *Cuadernos sobre Vico*, 17/18, 2004-2005, pp. 177-214.

En lo que hace a la presente contribución, he utilizado materiales de algunos de estos trabajos y en especial del aún inédito «Tra storicismo e metaforología».



filosofía política. En este sentido, tal vez pueda adelantarse ahora alguna consideración sobre premisas que parecía oportuno ubicar al comienzo del texto que acá presentamos.

En la vasta constelación de los abordajes históricos (para no hablar de los teóricos) especialmente sistemáticos al pensamiento político, los elementos que por comodidad de sistematización hemos designado con el término *lingüísticos*, en su mayor parte han recibido tradicionalmente poca atención y una consideración insuficiente. Basta observar las expresiones con las que se han designado tales abordajes: historia de las doctrinas políticas, historia de las teorías políticas, historia de la ciencia política, historia del pensamiento político, historia de las ideas políticas, también historia de las *grandes obras* del pensamiento político y, con mayor razón, historia de la filosofía política, etc. Se trata claramente de expresiones que connotan no solamente la articulación exterior de estas disciplinas y su identidad académica, sino también el *status* epistémico de las mismas. En efecto, expresan significativamente que la investigación se ha concentrado en la dimensión conceptual, teórica, si no rígidamente sistemática –esto es: *doctrinaria*–, de la producción de interés político. En este sentido, podemos incidentalmente observar que la historia de la cultura política aparece mayoritariamente dispuesta –al menos por principio– a dejarse atraer por la dimensión lingüística de los textos de interés político: por los diversos géneros de escritura;<sup>5</sup> por las peculiares formas estilísticas de un autor o de tal o cual escrito (*estilo* de un autor que, por lo demás, cambia marcadamente según el *género literario* que practica);<sup>6</sup> también por

5. Para una presentación y discusión –a través del estudio sistemático de un texto biográfico no carente de valencias políticas– de cuestiones que conciernen a la importancia de cómo operan autores de textos diversos (naturalmente también políticos) dentro de las formas de géneros literarios particulares –en un juego complejo entre *autoría* e *intransitividad* (parcial), *neutralidad* de los textos–, nos permitimos remitir a nuestro libro reciente: *Vite e scritti di capitani. Attorno alla Vita* di D. Andrea Cantelmo di Leonardo Di Capua, Guida, Napoli, 2005, p. 256.

6. No se puede naturalmente reducir el tema del *estilo* a una consideración estrechamente *estilística*, como la que opera en las prácticas tradicionales de la crítica literaria, artística, etc. Al respecto, en temas de *estilo*, de *estilos*, en el lenguaje filosófico –como asimismo en el lenguaje sobre lo político (u otro tema) que aspira a ser *filosófico*, *especulativo* o rigurosamente teórico– pueden recordarse los cuestionamientos y las discusiones teóricas sobre el «estilo en filosofía» (y sobre una «filosofía del estilo») que se abrieron en el cuadro de los debates –luego de Heidegger y sobre todo de Derrida– sobre las relaciones y las diferencias entre filosofía, literatura (o poesía, etc.) con relación a la *verdad* y al *lenguaje*. Ténganse particularmente en cuenta las densas «lecciones» de M. Frank, *Stil in der Philosophie*, Reclam, Stuttgart, 1992 (*Lo stile en filosofia*, trad. M. Nobile, Il Saggiatore, Milano, 1994), quien, polemizando con Habermas, propone reconocer que entre literatura y filosofía solamente hay «diferencias de grado» (aunque no de poco significado), con argumentaciones más bien equilibradas y agudas, si bien discutibles. Frank remite también a páginas significativas de G. G. Granger sobre una «filosofía del estilo» en su *Essai d'une philosophie du style*, Jacob, Paris, 1988 (autor también de páginas que presentan sugerencias interesantes sobre las «lenguas científicas», lo cual remite a un ámbito



las connotaciones *simbólicas* o por las modulaciones *míticas* de expresiones de pensamiento bien concretas;<sup>7</sup> y, en particular, por las figuras metafóricas que, aunque *atraviesan* comunmente cualquier lenguaje, se congregan y se disponen especialmente en los lenguajes de la política.

Pero de hecho, también recientemente la historia del pensamiento político, como también del pensamiento filosófico, científico, etc., siguió siendo, mayoritariamente, víctima de las condenas pronunciadas en la tradición occidental por el *pensamiento* confrontado con la *imagen*, con lo *figural*,<sup>8</sup> o sea con aquello que puede aspirar, como mucho, a ser supletorio, pero que en sustancia recalitra –por un íntimo contraste– frente a la tarea de proceder hacia las alturas teóricas de lo revestido de verdad, es decir, la tarea de expurgar del rigor de los procedimientos argumentativos a lo que tiene en sí mismo el impulso hacia la indeterminación (la *vagueness*) lingüística, comunicativa. En el campo de la investigación sobre las presencias metafóricas en ámbito político se puede tranquilamente seguir compartiendo la observación planteada hace años por Francesca Rigotti, según la cual «es notorio cómo la investigación historiográfica que sale a cazar metáforas acostumbra a presentar su proceder como elegante y fino, para arrojar una luz oblicua que ilumina sólo sesgadamente el verdadero campo investigativo: el –se supone implícitamente– de los conceptos [...] Sin importarle todos estos análisis, el estatuto de la metaforología sigue siendo el de una ciencia histórica auxiliar [...] Superada sólo verbalmente, la definición de la metáfora como adorno retórico se resiste de hecho a morir, y los famosos “efectos cognoscitivos” de la metáfora, al que remiten todos incansablemente, parecen volverse, en última instancia, instrumentos de un conocimiento que aporta un sostén, pero que no es fundacional».<sup>9</sup>

En efecto, faltan todavía reconstrucciones sistemáticas –aunque más no fuera, *tradicionales*– de los léxicos metafóricos de los principales autores políticos (en tanto

---

temático –el de la dimensión retórica y propiamente metaforológica en la historia de los lenguajes científicos– que ha vuelto a ser frecuentado recientemente de manera amplia y fecunda).

También concierne a la escritura de lo político el tema más determinado de los caracteres que pueden ser definidos en términos del «profundo estilo del discurso» en los lenguajes, por ende también en el filosófico; es decir, la cuestión del estilo que no se individualiza por medio de elementos exteriormente formales (como las «formas breves» de los *géneros literarios*), sino intrínsecos, como el de la *discontinuidad* o *fragmentariedad* sustancial del estilo de pensamiento. Si bien más raramente, también la historia de la filosofía conoce experiencias de escritura similares.

7. Para el inicio de algunas consideraciones y referencias bibliográficas en materia de *mitos políticos* (tema que ha atraído –es sabido– también a autores como Ernst Cassirer, Manuel García Pelayo, etc.), *mitos histórico-políticos*, etc., remitimos a a nuestro ensayo «Vico e il “mito veneziano”», en *Vico e Venezia*, a cura di C. De Michelis e G. Pizzamiglio, Olschki, Firenze, 1982, pp. 199-222.

8. Así traducimos el término «“figurale”» del original [*N.d.t.*].

9. Cf. F. Rigotti, *Il potere e le sue metafore*, *op. cit.*, pp. 42-43.



filosóficos), para no hablar de investigaciones que no sean marginales ni secundarias y que encaren de manera sistemática el lenguaje no conceptual de autores y textos, extrayendo de ellos capacidades de lectura y de interpretación esenciales, si no directamente decisivas. Así como sigue a la espera de ser escrita (necesariamente por varias manos...) una historia metaforológica de la filosofía, del mismo modo sigue esperando a ser escrita, inclusive ideada, una historia metaforológica de la filosofía política. En verdad, tanto para una como para la otra está disponible una enorme cantidad de materiales. Y en ambos casos, entre los capítulos más interesantes resultarían los dedicados a los pensadores, especialmente los modernos (Descartes y Hobbes *in primis*), que se han esforzado por denunciar los riesgos de las prácticas de la retórica y a persuadir (y persuadirse) de la tarea de construir sistemas lingüísticos tendencialmente *transparentes*.

Equivocaría su camino quien a este planteo le opusiera la difusión –de hecho efectiva– de teorizaciones y prácticas contemporáneas del estudio de formas y experiencias de *retórica política*. Todo lo dicho hasta ahora se sostiene solamente si, considerando el conjunto de los perfiles *lingüísticos* individualizables en la producción de interés políticos, la referencia no se detiene obviamente en aquellos, más restringidos, que –si se quiere– podrían definirse *lingüístico-retóricos*, es decir los que hacen simplemente referencia al empleo «emotivo», «afectivo-pragmático», del lenguaje, frente al «referencial» (para utilizar una distinción afortunada que en su momento formuló I. A. Richards en un trabajo valioso).<sup>10</sup>

Al respecto, podemos decir que tradicionalmente hubo estudiosos que se interesaron de manera para nada secundaria en tales perfiles y usos, si bien en un número exiguo y en el fondo –diría– de manera intersticial en la historia de las disciplinas histórico-políticas, durante los siglos XIX y XX.

Para no hablar, además del interés excepcional (inclusive excesivo, tal vez, por la manera como se difundió) por la retórica del lenguaje político, de los lenguajes políticos, por el nexo entre pensamiento político y retórica, tal como tuvo lugar en las últimas décadas, especialmente en las áreas culturales anglófonas –acompañando a las tradiciones de intereses y estudios en el campo de la filosofía analítica del lenguaje– y de un modo particular en virtud del influjo de las distintas líneas (sobre todo la *skinneriana*) surgidas de la corriente «revisionista», «contextualista» de la *Escuela de Cambridge*. Sería fácil ejemplificarlo. No presentaría ninguna dificultad especialmente en lo que concierne al pensamiento político de la primera modernidad y al moderno, pues bastaría con aludir a autores

10. Cf. I. A. Richards, *Principles of Literary Criticism*, trad. E. Chinol e F.I. Marengo, Einaudi, Torino, 1961, especialmente pp. 207-208.



de la cultura política humanístico-renacentista como Machiavelli o Hobbes, o a exponentes de la «tradición republicana», etc., para mostrar qué amplia ha sido, proporcionalmente, la literatura crítica que ha concentrado toda la fuerza de la investigación en la dimensión *retórica* de los textos estudiados.

Sin embargo, y para decirlo brevemente, tal tipo de interés y de estudios (pero no solamente él) ha prevalecientemente *intencionado*, en su sustancia misma, el carácter *intencional* (o de todos modos *intencionable*, *tematizable*) de la dimensión retórica de los textos examinados.

Es probable que estas consideraciones merezcan un esclarecimiento, además que para dar cuenta de una tendencia muy activa en el panorama actual de la historia del pensamiento político, también (o aunque más no fuera) para proceder después a una mejor definición de las diversas posiciones y perspectivas teóricas, metodológicas e historiográficas que sostenemos en esta ocasión. Semejante esclarecimiento puede resultar, finalmente, ventajoso también para anticipar el examen escueto de una tendencia investigativa que, a causa de su ascendencia analítica, se coloca en contigüidad –aunque desde afuera– respecto de una vasta área de reflexión teórica sobre lo lingüístico-metafórico, una línea sobre la cual nos detendremos brevemente *infra*, distinguiéndola (ante todo por comodidad) de otra gran área de meditación sobre lo metafórico, caracterizada por la preeminencia del interés *hermeneútico-especulativo*.

El interés en la dimensión *intencional* de los lenguajes políticos –decíamos– resulta particularmente visible en las orientaciones teóricas y críticas que caracterizan en su conjunto, si bien de manera diversa en la articulación de sus líneas internas, el abordaje *contextualista* o *intencionalista* de la así llamada «Escuela revisionista de Cambridge». En ellas, y de manera particular en las páginas teóricas de Skinner (punto de referencia bien presente en el debate metodológico sobre esta materia), son conocidas las propuestas metodológicas y las correlativas operaciones historiográficas que han acompañado y seguido a la crítica áspera dirigida no sólo a los protagonistas de la construcción del *mito* o del *drama* de las *grandes tradiciones* (Strauss, Voegelin, etc.), sino también a las principales tendencias tradicionales, consideradas *ortodoxas*, en las reconstrucciones del pensamiento político: la «puramente textual» y la «contextual», ambas acusadas de ser responsables, por un lado, de deformaciones anacrónicas o hipostatización de las ideas, y, por otro, de reduccionismos sociologizantes. Pues bien, esas perspectivas y propuestas metodológicas e historiográficas son, a su vez, pasibles de observaciones distintas acerca de los riesgos de reductivismo que es posible encontrar en ellas.

No nos interesa aquí tanto llevar a la luz los límites del reductivismo que se derivan de la teorización y de la práctica (en algunos aspectos tardía frente a las tradiciones historicistas continentales) de formas –por momentos, estrechas– de *con-*

*textualización*, de *historización* de los textos examinados; teorización y práctica que son, de todos modos, meritorias, especialmente si se las elabora dentro de escenarios culturales en larga medida dominados por tendencias analíticas. Sólo que debe observarse que es precisamente gracias a estas ascendencias analíticas, recuperadas y repensadas de variados modos, que se debe en gran medida la preeminencia absoluta en la línea *contextualista* del interés por la dimensión *activa e intencional* de los fenómenos lingüísticos; una preeminencia, ésta, que deja muy poco o ningún espacio a la dimensión profunda, subterránea, de formas de retórica y especialmente de empleos de configuraciones metafóricas no tematizadas (o, de todos modos, no tematizables). La teoría de los «*speech acts*», al enunciar la importancia del carácter pragmático, propio del actuar, de los fenómenos comunicativos (*i.e.* las palabras, las formas comunicativas son ante todo acciones lingüísticas) predispone, tal vez, al estudio de todos los usos intencionalmente persuasivos y/o polémicos de familias, campos, lugares metafóricos, mas por su naturaleza misma tiende a inhibir el lanzamiento de una sonda hacia las formas *profundas* (y *verticales*) del lenguaje metafórico que eventualmente subyacen a los «léxicos conceptuales»; esas formas, de las cuales es necesario indagar si eran accesibles, en sus estratos primarios, a quienes las asumían.<sup>11</sup>

Más adelante proporcionaremos algún elemento para una ejemplificación indispensable, so pena de permanecer en esa dimensión sofocantemente abstracta que es propia de los discursos y debates de naturaleza teórico-metodológica.

11. En el texto remitimos a muchas expresiones del bien conocido trabajo (que se ha vuelto una suerte de manifiesto teórico-metodológico de la corriente «revisionista») de Q. Skinner, «Meaning and Understanding in the History of Ideas», en *History and Theory*, VIII, 1968, pp. 3-53. Fue publicado luego, junto con otros ensayos suyos, en *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics*, ed. by J. Tully, Polity Press, Cambridge, 1988, pp. 29-67 (y las de sus notas), y ahora en Q. Skinner, *Visions of Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, vol. I: *Regarding Method*, pp. 57-89.

Debe reconocerse, empero, que resultó muy apreciable –por parte de Pocock, Dunn, Skinner, etc.– dirigir la atención especialmente de los ambientes de la cultura de lengua inglesa sobre esa dimensión imprescindible y concreta de las ideas políticas. Asumiendo y discutiendo también los estímulos provenientes de la metodología de los «*paradigms*» de Kuhn, por ejemplo Pocock escribió: «Los hombres piensan comunicando sistemas lingüísticos; estos sistemas ayudan a constituir tanto sus mundos conceptuales como también las estructuras de autoridad, o mundos sociales, ligados a ellos; cada mundo conceptual y social puede ser visto como un contexto de otro, de manera tal que la imagen gane en concretez. El pensamiento del individuo puede ser visto ahora como un evento social, como un acto de comunicación y de respuesta dentro de un sistema-paradigma, y como evento histórico»: cf. J. G. Pocock, *Politics, Language and Time. Essays on Political Thought and History*, Atheneum, New York, 1973, p. 15. Lo dicho antes adquiere un valor especial si se tiene presente que, en los ambientes «analíticos», el interés por la teoría de la acción no fue acompañado, por mucho tiempo, por un interés equivalente por la filosofía política: «Tan tardíamente como en 1996, y a pesar de su interés por la teoría de la acción, los filósofos analíticos no dedicaban aún mucha atención a la filosofía política»: cf. M. Richter, «Editor's Introduction», en *Political Theory and Practical Education*, ed. by M. Richter, Princeton University Press, Princeton (N. J.), 1980, p. 11.

Por ahora, es útil observar que también una corriente como la «revisionista», tan atenta a la dimensión lingüística de los escritos políticos, más tarde ha confirmado, de hecho, una concepción sustancialmente tradicional de la retórica, privilegiando uno de los aspectos canónicos de la misma, el más canónico: el de la función *utilitario-particular*, por así decir, persuasiva, *afectivo-pragmática*, respecto de la función estética, ornamental, del *embellecimiento* (que también está implicada en el lenguaje político, en lo relativo a la utilidad de la función disuasoria), o asimismo respecto de la función *utilitario-universal* de la metáfora en particular, podría decirse: la de responder a la necesidad de colmar la *inopia linguae*.<sup>12</sup>

En tal corriente ha sido constitutivamente descuidada la función semántica, cognoscitiva, institutiva, a veces *fundacional* (y, por ende, profunda y no siempre *intencionada e intencionable*) de la dimensión retórica, en particular metafórica, del lenguaje y de los lenguajes políticos.<sup>13</sup>

Por otra parte, semejante función institutiva ha sido generalmente más –o más gravemente– desconocida aún en un tipo de directrices del interés y de la investigación, caracterizado por la intención de hacer evidente y consolidar, interrogándolo, el interés propiamente *filosófico* del pensamiento estudiado. Semejante tipo de interrogación se dispone a mantener en silencio, sin tematizarlo, precisamente el grado de *ambición filosófica* intensa, de radicalidad especulativa, que connota la pregunta teórica que sostiene al discurso metaforológico más consecuente, en la medida en que el mismo radicaliza el abordaje a la metáfora (a un cierto tipo de metáfora, naturalmente) como a lo que viene *antes* y no *después* del concepto.

En esta última dirección, el interés preeminente no está en detenerse en el tenor especulativo, en la *altura* teórica, tendencialmente la más pura (y quizás atemporal), de manifestaciones de pensamiento indagadas en su más fuerte dimensión *conceptual*. Tal interés, en cambio, se halla –según la *hermeneuticidad* radical de ciertas posiciones metaforológicas (a la Blumenberg, para entendernos) que ven en la concesión de sentido por medio de figuras metafóricas la *cobertura* de un vacío ontológico– en estudiar la eventual fundación originaria de ideas o también

12. La «pobreza de la lengua» [N.d.t.].

13. Sabido es que ya ha sido ampliamente difundida esa concepción institutiva o interactiva de la metáfora, en virtud de la cual –según una formulación muy conocida– lo que ella hace es menos expresar «una similitud existente precedentemente», que «más bien crear similitud»: cf. M. Black, «Metaphor», en *Models and Metaphors. Studies in Language and Philosophy*, Cornell University Press, Ithaca-London, 1962 (antes publicado en *Proceedings from the Aristotelian Society*, LV, 1954, pp. 237-294). Nuestra cita es de la traducción italiana de E. Paradisi, que, con el título «Metáfora», apareció en *Modelli archetipi metafore*, Pratiche Editrice, Parma, 1983, p. 55.



sistemas conceptuales dentro de un estrato lingüístico de tenor metafórico, profundo, subterráneo y por lo demás no intencionable o escasamente tematizable.

En este sentido, semejante investigación de impronta *metaforológica*<sup>14</sup> puede llegar a constatar una paradójica convergencia, en las perspectivas de estudio de los textos de interés político, entre *contextualistas* y *defensores de la autonomía de lo filosófico* (pero también entre la mayor parte de los teóricos de análisis *conceptualizantes* de tales textos): una convergencia en el olvido de una dimensión metafórica profunda y, en una medida significativa, constitutiva del carácter intencional y conceptual de los discursos políticos.

En este punto (aun en la brevedad del discurso, pero debiendo hacer caso omiso de ella) resulta indispensable otro momento aclaratorio, para evitar que la referencia a un abordaje metafórico definible también como «post-hermenéutico» –dentro de una esencial apertura problemática a los *límites del concepto*– pueda ser malentendida: es decir, conducida a una moda aún no finiquitada, inmediatamente posterior al «giro lingüístico», y consistente en criticar al *Logos*; una moda de impronta neometafísica, hermenéutico-ontológica, más o menos ligada al gusto por una *mirada total* sobre el lenguaje o sobre la «historia de la metafísica occidental».

Es bien conocida la importancia de la meditación sobre lo metafórico a propósito del lenguaje, en autores y tendencias que van desde las hermenéuticas filológico-ontológicas hasta las posiciones post-estructuralistas o deconstruccionistas: desde Heidegger a Gadamer, a Derrida, Foucault, Deleuze y, en ciertos aspectos, al mismo Ricoeur (por mencionar, entre los *antecedentes* más o menos cercanos, a algunos nombres muy conocidos).

14. O de impronta hermenéutica o post-hermenéutica, si se quiere, en la medida en que el término sirva para distinguirla de abordajes meramente semánticos o semiológicos, pero también de paradigmas analíticos, estructuralistas, post-estructuralistas, deconstruccionistas, etc. Para una hipótesis de confrontación entre algunas posiciones paradigmáticas de la «teoría de la metáfora», representadas por el «paradigma analítico de Max Black», el «paradigma estructuralista» de Roman Jakobson y el «paradigma hermenéutico» (o «post-hermenéutico») de Hans Blumenberg, etc., cf. *Theorie der Metapher*, hrg. von A. Haverkamp, WB, Darmstadt, 1983 (con consideraciones significativas en las páginas introductorias del editor: «Einleitung in die Theorie der Metapher», pp. 1-29). Pero el punto que importa aclarar enseguida –y que hemos afrontado a menudo en otras ocasiones– es el de la diferencia profunda de la perspectiva post-hermenéutica de Blumenberg respecto de la perspectiva, multiforme y multidimensional, de la familia de posiciones especulativas sobre la metáfora, acomodadas en su perfil hermenéutico o post-hermenéutico, que se caracteriza por un gesto especulativo de tenor *neometafísico*, *neo-ontológico*. Respecto de perspectivas semejantes –a las que enseguida aludiremos– es posible argumentar filológicamente que la reflexión de Blumenberg se acerca a posiciones historicistas (del *Historismus*, se entiende); y al menos señalar su mucho mayor productividad metodológica, por lo demás confiada a una producción historiográfica ejemplar, en virtud de la riqueza de sus sugerencias y su rigor de análisis.



Lo que aquí debe acentuarse es la preeminencia absoluta –o, al menos, bien marcada– de la cifra *hermeneútica-ontológica* (y no *hermeneútica-metodológica*) que connota la mayor parte de esa meditación.

Al respecto, y especialmente a propósito de tendencias definibles en términos de *panmetaforicismo*, apenas si cabe traer a colación expresiones de pensamiento que se han originado bajo el signo de las reconfiguraciones heideggerianas, gadamerianas, derridianas, etc., de la hermeneútica; cuestiones de la intraducibilidad constitutiva de la más densa esfera de lo prerreflexivo en la esfera conceptual; de la jamás plena resolubilidad del signo en el sentido; del significante lingüístico en el significado conceptual; de la fundacionalidad y *capacidad constrictiva* de las formas lingüísticas o *figurales*<sup>15</sup> no reflejadas respecto de las formas propias del lenguaje filosófico: las conceptual-universales e ilusoriamente otorgadoras de verdad a sus contenidos; y así en más. Reconfiguraciones que a menudo confluyen, de manera diversa, en los diversos diseños de la *historia de la metafísica occidental* y en las consecuentes invocaciones de la *metaforicidad* de la palabra poética, para probar un ligamento con el *Ser* perdido en el olvido propio del pensamiento *entificante* y calculador o de la palabra metafórica que ha nacido o devenido inerte (y, por ende, ella misma metafísica); y posiciones semejantes. En esta cuestión, aludiendo a *genealogías* sobre tal plexo problemático, resulta inclusive banal recordar una primogenitura de Nietzsche en lo relativo a la naturaleza constitutivamente metafórica y retórica (*dóxica* en vez de *epistémica*) –pero olvidada bajo la pretensión de la ciencia y la verdad– de las formas del lenguaje, de los conceptos; o sea, en lo relativo a la valencia constrictiva que tiene la lengua sobre formas conceptuales ilusoriamente consideradas como *universales*; etc.

Entre semejantes directrices de pensamiento se han afirmado reflexiones o perspectivas cuyas formulaciones, ciertamente, son de un tenor –o revisten un interés– metafrológico, pero en las cuales este interés por lo metafórico ha sido declinado según cifras muy intensas en cuanto a la intención especulativa y, al mismo tiempo, muy laxas en cuanto a la configuración del objeto; las cuales, de todos modos, son intraducibles sobre un terreno metodológico e histórico-crítico. Así, por ejemplo, celeberrimas formulaciones y reconstrucciones, como las que llevan la impronta de la disposición heideggeriana (del último Heidegger) a poner en consonancia –en el signo de lo metafórico– el discurso especulativo y el decir poético; imbricadas, esto es, por la visual propia de una hermeneútica que, respecto del pensamiento del ser como *aferrable* presencia del ente, como un aparecer desplegado de un modo totalmente *visible*, se da más bien en la forma de la

15. Cf. nota 8 [N.d.t.].



*escucha* (del lenguaje de la tradición, etc.) y del *anuncio* (a través de la palabra poética, etc.).

Ya sea que la metáfora (o al menos la metáfora en filosofía) resulte completamente rechazada, como en el caso de Heidegger, puesto que, al estar confinada dentro de la metafísica sin apelación posible («lo metafórico reside solamente en el interior de la metafísica») y por ende, desde el comienzo –como en efecto parecería– reducida a su mera función instrumental de auxilio (en la esfera «de las obras poéticas y de las creaciones artísticas»);<sup>16</sup> ya sea que el rechazo se limite a la metáfora simple en vez de verdadera; en ambos casos, entonces, resulta de todos modos importante reafirmar algo. A saber: que semejante perspectiva de interés por lo metafórico se da según la cifra de un discurso especulativo ontológico centrado sobre la *destinalidad*<sup>17</sup> de las épocas del ser, bien lejana del interés y de la posibilidad de instituir cualquier tipo de perspectiva teórico-metodológica.<sup>18</sup>

En verdad, moverse hacia la construcción de un saber metaforológico *disciplinado* no significa asumir que el mismo deba ser meramente, exteriormente, *metodológico*. En esta ocasión apenas podemos mencionar al hecho de que una instancia metodológica sería está muy lejos de plantearse disociada de una fuerte instancia filosófica, como por lo demás está testimoniado, ante todo, por el «melancólico iluminismo escéptico» de Blumenberg, tan altamente lúcido como bien atilado. Y, aun cuando no esté exenta del riesgo de cultivar una ontología no declarada o no llevada plenamente a la luz, la posición de Blumenberg tranquilamente se presta a ser encaminada en una dirección metodológica y a ser desarrollada en un programa de investigación historiográfica coherente y fecundo.

Lo cual no puede acontecer con la herencia heideggeriana, ni siquiera sometiendo a los generosos *salvatajes* especulativos de un Ricoeur. Y ello, ante todo, porque este pensador busca salvarla del «salto más allá de la metafísica», ciertamente no de un «salto en la metafísica», del regreso de un antiguo discurso sobre el *ser*.

A una posición semejante resulta constitutivamente adverso un saber metaforológico de inspiración historicista, aun cuando el mismo reconozca no poder no interesarse, él también, en lo *originario*, lo no representable. Por ejemplo, con una viva atención al «mundo de la vida», pero con la preocupación por no desbordar en una nueva metafísica total, y por cierto consciente de sus dificultades;

16. Esta afirmación –sabido es– se lee en páginas fundamentales sobre este argumento: cf. M. Heidegger, *Der Satz vom Grunde*, Neske, Pfullingen, 1975, en especial p. 89 (utilizamos la traducción italiana de G. Gurisatti y F. Volpi: *Il principio di ragione*, a cura di F. Volpi, Adelphi, Milano, p. 90).

17. [Traducimos así «*destinalità*». N.d.t.].

18. En otros textos hemos intentado sostener debidamente, con un mínimo de análisis y argumentaciones, las posiciones críticas sobre esta materia, aquí apenas enunciadas.





en lo cual encuentra el consuelo de orientaciones que particularmente abrevan en la reflexión metaforológica de Blumenberg.<sup>19</sup>

En lo relativo a su aspecto más sustancial, la perspectiva gadameriana avanza en una dirección que no es metodológica, o que lo es de un modo muy subordinado, no obstante insista sobre la «fundamental metaforicidad» del lenguaje y sobre la función de «reserva» para el pensamiento, detentada por tal dimensión del lenguaje; todo esto además de lo que se puede ciertamente discurrir acerca de múltiples páginas de Gadamer de interés metaforológico y significativas en el plano histórico-crítico (las que –siempre sobre el tema de la configuración metafórica de lo lumínico– utilizan estudios de historia de la *metafísica de la luz*).

En realidad, es evidente que Gadamer no desarrolla en dirección a una metaforología la conjugación fuerte de la idea de la metaforicidad del lenguaje con la de nuestra primaria y prioritaria autocomprensión irreflexiva, hecha valer ante todo

19. Deteniéndonos un momento en Blumenberg, está claro que la reflexión presentada en el importante ensayo *Ausblick auf eine Theorie der Unbegrifflichkeit* (que ahora se lee en el volume *Ästhetische und metaphorologische Schriften*, hsg. von A. Haverkamp, Suhrkamp, Frankfurt, 2001, pp. 193-209; pero también en el ya citado volumen editado por Haverkamp: *Theorie der Metapher*, pp. 285-315) revela una fuerte intensificación del compromiso teórico sobre la fundación de lo metafórico y de lo metaforológico, que se aúna con una inversión autocrítica de la mirada. «Podría decirse que la dirección de la mirada se ha invertido: ya no se refiere sobre todo a la constitución de conceptualidad, sino a los nexos con el transfondo del mundo de la vida en cuanto constante sostén motivacional de toda teoría, si bien no es necesario que se lo tenga constantemente presente»: cf. H. Blumenberg, «Sguardo su una teoria della inconcettualità», en *idem*, *Naufregio con spettatore. Paradigma di una metafora dell'esistenza*, tr. di F. Rigotti, Il Mulino, Bologna, 1985, p. 115. Pero, entonces, «una metaforología que no se limite a prestar la metáfora para la formación de los conceptos» –lo cual, digamos incidentalmente, podría igualmente constituir la base adecuada para un saber metaforológico *metódico*– «sino que la tome como hilo conductor en vista del mundo de la vida, no zafará de sus dificultades sin insertarse en el más vasto horizonte de una teoría de la inconcettualidad» (p. 122).

Siempre respecto de Blumenberg, recordemos que, estimulado a esclarecer su posición por la confrontación con Heidegger (pero en medida no exigua también por el diálogo con Wittgenstein), aclara –no sin eficaces motivos polémicos– el alcance de la distancia entre su teoría de la inconcettualidad y la heideggeriana. Si la dificultad *transcendental* de una metaforología que está empeñada en encontrar sus ligazones con el mundo de la vida consiste en tener que vérselas con el tenor de la inconcettualidad, de la irrepresentabilidad que el mismo posee, es necesario entonces detenerse en la descripción (un término clave para un abordaje fenomenológico) de una «situación» semejante. En la medida en que «la metaforología, y más aún una teoría de la inconcettualidad [...] se remonta[n] a su génesis y la analiza[n] con referencia a un estado de necesidad», al menos producen «un efecto que querría definir como *racionalización de la carencia*» (p. 130, el cursivo es nuestro). Viceversa, el discurso de Heidegger, en sustancia, da a la inconcettualidad la forma del ser que se esconde, o sea que confunde una con otro según un procedimiento de entificación –podría decirse– análogo a aquel por el cual se transforma «en *fatum* la ceguera de la razón científica». De cualquier modo, aquel discurso obstaculiza el camino hacia la inconcettualidad del ser tanto a la razón científica como también a la representación figurativa de tipo metafórico. «Entre su pregunta sobre el ser y la científicidad positiva, Heidegger ha puesto una enemistad que sería aún más abismal que aquella entre intuición y concepto, entre metáfora y fórmula». «Metaforicamente no se puede “representar figurativamente” nada» (p. 134).





en *clave* ontológica y, de este modo, bien alejada de una perspectiva como la de Blumenberg.

En suma, un problema, un plano, es el de la indefinida, inagotable y *metafórica* apertura del lenguaje; otro, el de un aún bastante amplio espectro de trabajo predominantemente –o al menos preliminarmente– de tipo sincrónico, desarrollado en torno a las funciones de la metáfora en el lenguaje, en el pensamiento: funciones *auxiliares* (retórico-persuasivas, pragmáticas, de *embellecimiento*) o productivas (cognitivas, fundacionales, directivas, etc.). Por último, otro plano es también el de la investigación donde logran empalmarse un corte indispensable de orden generalmente *filosófico*, un corte idóneo para una complejidad y variedad de perspectivas y de resultados en torno a lo *metafórico* (y a lo *simbólico*, lo *imaginario*, etc.); y, finalmente, un corte interesado en el trabajo histórico sobre las figuras del lenguaje, en la perspectiva fuerte de una investigación aguerrida y *seria* alrededor de sus caracteres de *historicidad*, *continuidad*, *discontinuidad*, *universalidad* (y, en hipótesis, también de *atemporalidad*), etc.

Si quisiéramos recoger en una expresión fácil el significado de un ejercicio *total* de tal interés de investigación, diríamos que su tarea radica en concederle una amplitud o extensión plena, lo cual conlleva una transformación radical (en el sentido de una profundización y elaboración) de esa línea que va desde la *crítica de la razón filosófica*, pasando por la *crítica de la razón histórica*, en dirección a una *crítica de la razón retórica*.

Una crítica, esta última, donde la *retórica* es otra cosa que en la tradicional retórica del argumentar persuasivo o embellecedor. Lo cual es así al menos desde cuando, a comienzos del siglo XVIII, un oscuro profesor de retórica napolitano, Giambattista Vico, le imprimió una decidida curvatura a esa disciplina, en un sentido a la vez semántico y genético, preservando y restituyendo valor a las razones de una *razón retórica* de lo «verosímil», de lo «probable». En virtud de lo cual, una razón retórica moderna es algo bien distinto –aunque no totalmente distinto– de aquella tradicional.

Respecto de tal directriz de trabajo teórico-metodológico e historiográfico, debería ser superfluo señalar las razones de la distancia que ella mantiene respecto de los otros momentos de esa área de pensamiento cuya marca identitaria se la da el «giro lingüístico» del siglo XX, los cuales, por lo demás, no dejan de interesar al discurso que estamos desarrollando.

En este sentido, las variadas vicisitudes del «deconstruccionismo» –desde las ideas de su figura emblemática, Derrida, hasta llegar a las radicalizaciones extremas del *deconstruccionismo literario*– aparecen en muchos aspectos como más complejas para nuestro tema, pero en última instancia como dirigidas, todas ellas, hacia resultados marcadamente *ametódicos* (en ese significado para nada estrecho, al que hemos



aludido). En esta dirección, se ha asistido al pasaje desde la equiparación o asimilación entre lenguaje literario (y crítico-literario) y lenguaje filosófico (y *filosófico-político*) a la afirmación de la primacía de la performatividad de la retórica sobre la objetividad de la lógica, hasta alcanzar la celebración de la palabra literaria como lugar privilegiado de la comunicación con lo verdadero.

Se trata de una tendencia o de una serie multiforme de tendencias que no siempre merece la irritación severa que ha suscitado notablemente en un autor como Habermas, en algunas páginas de crítica bastante punzante, escritas en defensa de los tradicionales caracteres de «seriedad» y de «eficacia» del lenguaje filosófico (y, por ende, también del *filosófico-político*, repitémoslo), los cuales resultarían demasiado fácilmente puestos en peligro.

En reacciones como las de Habermas, existe efectivamente el riesgo de no siempre percibir la diversidad de las posiciones de sus *adversarios* ni tampoco el posible fundamento de algunas de las razones que ellos esgrimen. En realidad, es cierto que Habermas no deja de reconocerle al *elemento retórico* también una presencia difusa por todo el pensamiento filosófico, si bien sustancialmente exterior a éste y obligado, luego, a someterse a una *disciplina* rigurosa, más o menos purificadora. No obstante esto, la misma posición habermasiana ofrece el flanco a la posible observación de que está omitiendo modalidades del pensamiento filosófico más profundas que (dejando aparte las de un tenor más estrictamente ideológico) son de orden lingüístico, pero no dichas, no decibles, por no ser tematizables (y también difícilmente controlables luego), y que están presentes en los discursos que pretenden una *verdad* controlable. En efecto, una crítica de la razón retórica, más amplia y a la vez del todo ajena a sugerencias de abandonos catastróficos o lúdicos de la modernidad, puede igualmente abrirse de un modo bien provechoso a la confrontación cerrada con las perspectivas más serias que buscan indagar los sustratos metafóricos de las expresiones del *lenguaje filosófico*, y no tan sólo su *estilo*. Con mayor razón si se tiene presente cómo ha progresado en el seno de la reflexión epistemológica contemporánea la conciencia de la presencia –hasta en la constitución más íntima y en el modo de proceder más propio de las ciencias exactas– de una dimensión inventiva del lenguaje científico, cuyo tenor es en verdad *metafórico*. De no ser así, se corre el riesgo seguro de asumir una defensa principista de la dimensión de *seriedad* de todo lenguaje filosófico (en nuestro caso: el de la filosofía política), rechazando la perspectiva de poner en discusión, en profundidad, su estatuto epistémico, con lo cual se oscurecen las posibilidades de acceder a la génesis oscura y *figural*<sup>20</sup> de los con-

20. Cf. nota 8 [N.d.t.].

ceptos. Bien entendido, esto no significa que la atención prestada a tal vertiente muchas veces oscuramente *fundante* del pensamiento deba, a su vez, arrojar sombras sobre un fundamental trabajo de corte historiográfico y teórico, dirigido propiamente a la reconstrucción rigurosa de las esenciales formas argumentativas racionales de las construcciones conceptuales, también doctrinales, de autores, textos, concepciones, etc.

Por lo demás, también en esas posiciones (como las deconstruccionistas y similares), a las cuales parece lícito imputarle una marcada toma de distancia en el planteo teórico (y, tal vez, también en el sentido *ético* de la investigación), es posible al menos descubrir muchas veces indicaciones fértiles y materiales importantes, en una cierta medida *desmembrables* de los sistemas de las estrategias de reflexión ya instaladas.

En este sentido, parece correcto, por ejemplo, sugerir un trabajo de reconocimiento que, en el seno de los textos de un autor como el mismo Derrida –o también en los escritos de los *derridianos*–, distinga los *materiales* no inmediatamente o no solamente reconducibles al gusto que se complace en provocarle incordios al lector, o sea que no se reducen a ser los resultados de un ejercicio de radicalización propio de discursos *totales* o *fatales* en torno al pensamiento occidental (al «logocentrismo», etc.).<sup>21</sup>

No cabe ahora detenerse siquiera un momento en otros autores, protagonistas de una constelación que tiene su centro en el giro lingüístico, a la cual sería sin embargo ventajoso traer a colación en este punto. Pensamos no tanto en Derrida, sino más bien en Foucault: bastaría repensar –también críticamente– en aquella «historia de lo analógico» entre la edad renacentista y la modernidad, que él configuró en *Le mot et les choses*; pero inclusive Ricoeur, de quien cabría recordar (en este breve índice de un ensayo sobre el tema) también la lección de una meditación que intentaba responder –en una materia sobre la cual demasiadas voces han ignorado a otras– a una seria instancia de confrontación autónoma y sistemática de sus propias posiciones hermenéuticas, dinámicas y nutridas de las problemáticas del «comprender» y del «explicar», además de las fenomenológicas, con autores, posiciones y formulaciones (niveles semióticos, semánticos del discurso, etc.) de la lingüística y, sobre todo, de la reflexión analítica anglosajona, con particular referencia a la vertiente *pragmática* del lenguaje.

21. Nos referimos en particular a escritos –por otra parte bien conocidos– reunidos en *Marges de la philosophie*, los cuales pueden contribuir a atestiguar la amplitud y densidad de los *materiales metafóricos* (por ejemplo, sobre las configuraciones metafóricas de la *luz* en Descartes), que es dado encontrar en la producción de Derrida, pero que evidentemente remiten luego a posiciones estratégicas de su reflexión. También sobre esto remitimos a nuestros otros textos.

Esto nos permite referirnos muy sucintamente a una segunda gran área de discurso sobre lo metafórico, definible en términos de una reflexión de interés sustancialmente *sincrónico* por la «teoría de la metáfora», que es distinta de la primera gran área (de la que acabamos de hablar) y abarca las posiciones y tendencias que han encarado principalmente –y también más mediatamente– lo metafórico, sobre todo luego del así llamado «giro lingüístico» de la filosofía del siglo XX, adoptando un punto de vista marcadamente *especulativo*. Entre ellas, puede ser ubicado el planteo de Blumenberg, aunque su posición tiene perfiles bien distinguidos.

Esta segunda área, que está más determinada temáticamente y se cruza, en muchos casos, con la primera, tiene relación con las contribuciones que, proviniendo de variados intereses y ámbitos disciplinarios (filosóficos, y especialmente filosófico-analíticos; lingüísticos, literarios, etc.), han contribuido a conformar un conjunto de estudios, elaboraciones, posiciones, perspectivas que han ofrecido aportes no sólo a una «teoría de la metáfora» de tipo general, la que –en línea de máxima– no se caracteriza por un sentido especulativo (o, al menos, *hermenéutico*), sino también a una más atildada práctica historiográfica de un discurso con un tenor metaforológico.

Seremos breves sobre la parte *no hermenéutica* de la vastísima área de la «teoría de la metáfora». El núcleo de lo que es necesario recordar es bien conocido. En efecto, concierne a la condensación de los intereses y de los estudios sobre las funciones productivamente cognitivas de la metáfora, sobre la dimensión semántica del lenguaje en la que ella se inscribe, con una ampliación y un desplazamiento de los intereses cultivados en el ambiente neopositivista y analítico respecto del trabajo sobre las dimensiones *referenciales*, *pragmáticas* (y, por ende, tradicionalmente *persuasivas*) y *afectivas* del lenguaje. De aquí –lo hemos dicho– se sigue una difusa y consolidada concepción *instituyente o interactiva* de la metáfora.

Se trata de un abordaje que valoriza el espectro de lo que puede llamarse las «facultades ingeniosas» a las que se refiere Vico, ubicadas en la génesis de la historia humana; un espectro que también en el ámbito neo-analítico ha contribuido a tomar distancias de la perspectiva consistente en seguir hasta el extremo a las tareas diagnósticas y terapéuticas que incentivan la dimensión referencial de un lenguaje filosófico normativamente *transparente*.

Una perspectiva similar ha asumido expresiones vigorosas, como las formuladas por Lakoff y Johnson sobre la total metafóricidad del sistema conceptual de toda lengua (en virtud del cual toda civilidad, toda cultura, presenta modalidades propias de estructuración de lo vivido por medio de figuras, *metáforas conceptuales*, con una diferenciación que se revela, entonces, en la organización pecu-



liar de las lenguas). Una perspectiva que también ha hallado formulaciones radicales: «la metáfora es la ruta de la razón, la ciencia y las artes».<sup>22</sup>

Sin embargo, globalmente, en el conjunto de líneas de trabajo reconducibles a tal área discursiva, esto aparece mayoritariamente ejercitado aún con modalidades más bien *técnicas*, por así decir, y en investigaciones de corte *sincrónico*, y no con una fuerte y documentada conciencia de toda la complejidad de los problemas en juego. De aquí se sigue que la posible contribución de tal área a la constitución de una *crítica de la razón retórica*, la cual debe ser asumida y hecha fructificar también en el campo del estudio de la historia de la filosofía política, no se siente cómoda al confrontarse con la «razón filosófica» de la tradición occidental y, sobre todo, casi siempre ignora tradiciones y posiciones muy importantes, según nuestro entender, como lo es, por una parte, la *crítica* que la *razón histórica* del *Historicismo* dirige a los fundamentos ontológicos, a los criterios cognoscitivos, etc., de la tradición de una razón pura y ahistórica, al reivindicar en cambio (de un modo no racionalista, sin ser irracionalista) la conexión vital de la razón con la esfera prerreflexiva de la *vida*; y como lo es también, por otra parte, la reflexión crucial, propiamente metaforológica, que Blumenberg ha llevado adelante (sin hablar de otras posiciones, a los que nos referiremos *infra*).

Éste es un punto importante porque remite a una de las afirmaciones fundamentales, sobre la cual se basan nuestras páginas, a saber: que el conjunto de contribuciones adscribibles a una «teoría general de la metáfora» actual, que en su conjunto resulta imprescindible para una *crítica de la razón retórica*, sin embargo casi nunca se manifiesta consciente de la posibilidad de conectarse fructíferamente a las peculiares tradiciones –teóricas e historiográficas– propias de la mejor *crítica de la razón histórica*; para no decir nada de la sustancial ignorancia de la obra metaforológica de Blumenberg por parte de autores importantes. Lo cual confirma la premisa asumida, a saber: cuán escasos son los conocimientos recíprocos entre las directrices más significativas de la reflexión contemporánea en torno a lo metafórico; una escasez que –a nuestro juicio– ha impedido que se conjugaran fructíferamente ideas y experiencias, inclusive en lo que concierne a la posibilidad de abordar novedosamente la historia de la filosofía política.

Volvemos a lo indicado al comienzo. La tan fuerte ampliación –sobre el plano teórico– de la conciencia de la importancia y del carácter crucial de la dimensión cog-

22. Cf. G. MacRae, «The Body and social Metaphor», en *The Body as a Medium of Expression*, ed. by J. Bentham and T. Polhemus, Allen Lane, London, 1975, p. 59. Muy conocido actualmente es el sólido volumen de G. Lakoff-M. Johnson, *The Metaphors We Live By*, University of Chicago Press, Chicago, 1980.



nositiva de la retórica, especialmente de la metáfora, no ha dado lugar a cambios sustanciales en el modo de estudiar y de escribir la historia del pensamiento ni, con ella, la historia del pensamiento político, ni, con más razón, la de la filosofía política. Naturalmente, esto no significa –como se señalaba– que, en el cuadro de la extraordinaria fortuna de la que han gozado en los últimos decenios los estudios teóricos e historiográficos en torno de la metáfora, no se haya producido una serie notable de contribuciones, en muchos casos válidas e interesantes, sobre determinados autores, textos o sobre particulares lugres retóricos, metafóricos, concernientes en primer lugar –o también– a la historia del pensamiento político. La consulta de los ya citados repertorios bibliográficos pertinentes para el estudio de la metáfora puede atestiguar la amplitud de tal producción, así como también dan prueba del asentado interés de la misma algunos pocos trabajos de conjunto que han abordado con seriedad la materia desde el punto de vista historiográfico o prevalecientemente taxonómico.

Y sin embargo, nos parece lícito afirmar que, tomada en su conjunto, tal producción permanece más bien aislada, en muchos sentidos: aislada en cuanto, si bien no muy usualmente, de todos modos es una producción más bien interna a los estudios metaforológicos; o aislada –como ha ocurrido más habitualmente– en el ámbito de profundizaciones lexicales, estilísticas, *literarias* del pensamiento de este o de aquel autor. Sea como fuere, nos parece que puede concluirse que ha sido sólo en pocas ocasiones y con dificultad que aquella producción logró penetrar en el campo de los estudios histórico-políticos dejando una fuerte impronta de sí misma sobre el plano de las orientaciones teórico-metodológicas, de las direcciones de investigación, de los resultados obtenidos, sobre todo en la historia generales del pensamiento político o de la filosofía política.

Aún más destacable es, entonces, la sustancial ausencia de alguna forma de *dislocación* de los resultados teóricos, metodológicos, historiográficos obtenidos en las orientaciones más significativas y decisivas que fueron elaboradas en el campo de los estudios metaforológicos más comprometidos *filosóficamente* (a los que hicimos referencia *supra*), a partir naturalmente del definido por el maestro y, por diversos aspectos, fundador de la metaforología en la segunda mitad del siglo XX: Hans Blumenberg. Por cierto, éste no estaba interesado principalmente en investigaciones relativas a la esfera de la reflexión o de la escritura de tenor propiamente político. Pero no sería difícil –y es una tarea a realizar– mostrar la grandísima productividad que pueden alcanzar en esta esfera sus perspectivas teóricas y metodológicas generales, como también sus indicaciones particulares sobre esta o aquella figura o tradición metafórica (a partir de las mismas «metáforas absolutas»); y ello aunque más no fuera en virtud de la misma abundancia del espectro y de los usos de la mayor parte de las *familias* y de los *campos* de metáforas.



Pero aquí sería oportuna una exposición más extensa con relación a la amplitud de la constelación de perspectivas y líneas de investigación (tal vez también con relación a los caracteres o tendencias de áreas culturales nacionales) que deberían ser tenidas en cuenta al tratar nuestro tema, especialmente a fin de evidenciar un punto bastante importante ya señalado. Esto es, qué poco frecuentemente y escasamente se han encontrado entre sí tales perspectivas y líneas, sobre el plano de la investigación teórica, metodológica y «sobre el campo»; y cuánto más rara y escasamente, entonces, sobre el plano de la adopción de las mismas sobre el terreno de los estudios histórico-políticos.

Y ello tanto más, si se tiene presente que importantes directrices de investigación en el terreno historiográfico han sido muy activas también por fuera de las dos grandes áreas de reflexión teórica sobre lo metafórico, sobre lo lingüístico, que por comodidad hemos propuesto problemáticamente tener presente y examinar. En suma, una perspectiva de estudio orientada a asumir la tarea de dar inicio a un cuerpo de investigaciones sistemáticas sobre las metáforas (y los lenguajes) de las tradiciones políticas occidentales debe ante todo promover una apertura de la mirada sobre la compleja variedad de las tendencias teórico-metodológicas e historiográficas, como también sobre los materiales *menores*, asistemáticos, acumulados. Todo esto, por un lado, sin renunciar, evidentemente, a realizar elecciones teóricas precisas y conscientes (aquí –lo hemos visto– quedó configurada la propuesta de hacer referencia significativa, en primer lugar a la estructura *metaforológico-historicista-blumenbergiana*); por otro, sabiendo mirar, sin embargo, también más allá de una *constelación blumenbergiana*, tal vez para acoger y valorar otras tendencias y resultados, que convergen sobre todo en la investigación acerca de lo *conceptual*, lo que no es (o es sólo difícilmente) tematizable, y que opera como el sustrato recóndito, como el estrato nutricional del concepto.

El carácter teórico y programático de este trabajo, junto a razones de brevedad, nos impiden emprender una siquiera apresurada reseña, que tenga el valor de mínima ejemplificación de lo afirmado. Ni tampoco nos parece que sea el caso de solamente indicar elementos de ejemplificación, idóneos para hacer menos abstracta esta exposición, que presentamos a partir de nuestras investigaciones en torno al operar profundo de metáforas; indagaciones útiles quizás para ponernos en contacto con lógicas profundas –y, por eso, algo oscuras– del pensamiento político de autores como *in primis* Maquiavelo, Bruno, Vico, etc.<sup>23</sup>

23. Por ejemplo, nuestro ensayo sobre Maquiavelo se dedica especialmente a las configuraciones metafóricas del *ver* y del *manejar*, abriendo así el camino a un trabajo sobre otras clases y familias de metáforas, particularmente relativas al gobierno, a la manera política de dominar el tiempo y al diseño de la mayor estabilidad que es dable alcanzar (con un imaginario de la *estabilidad* que, sea como



En este trabajo, en cambio, nos limitamos a suministrar un ejemplo –del resto, más bien notorio– de perspectivas teóricas e historiográficas que atestiguan, por un lado, la particularidad de sus ascendencias y de su fisonomía, de los intereses puestos en acción y de los resultados obtenidos también en la esfera de la reconstrucción del pensamiento político. Por el otro, simétricamente, atestiguan también el grado de una notable indiferencia recíproca frente a otras perspectivas, comprendiendo entre éstas la metaforología de Blumenberg u otras afines a ésta.

Tomo aquí en consideración especialmente las perspectivas de la escuela anticuario-antropológica,<sup>24</sup> que deriva de la «psicología histórica» de Meyerson y está ampliamente influenciada por la tradición antropológica francesa, objetivada en las investigaciones –tan fecundas, como exitosas– de Gernet, Detienne, Vernant, Vidal-Naquet.<sup>25</sup>

fuere, debe ajustar las cuentas –explícita o subterráneamente– con el imaginario de la *variación* o del *giro* que acontecen de un modo alternado y sin fin). En el contexto de aquellas familias de metáforas, nos parece oportuno distinguir entre las configuraciones metafóricas del gobierno inmediato del tiempo, de corto alcance y muy restringido a lo *técnico-prudencial*, y aquellas que, en cambio, se refieren a un diseño *constructivo* de mayores ambiciones y mayor aliento. Entre las primeras se ubican claramente, por ejemplo, las metáforas médicas y la que es afín a éstas (en virtud de la inmediatez de la acción prudencial), a saber: la del gobierno de la nave. Entre las segundas, las *constructivas*, resultan naturalmente cruciales las metáforas de la *edificación*, las *arquitectónicas*, etc.

En nuestros trabajos sobre Vico ya citados, hemos individualizado y analizado adopciones *intencionales* o *intencionables* de lugares metafóricos más o menos habituales, relativos por ejemplo a la configuraciones metafóricas lumínicas, o las de la navegación, las fisiológicas (del árbol, del espíritu, de la sangre), las de la construcción (el obrero, el arquitecto, etc.). Por otro lado, señalábamos también la presencia de núcleos metafóricos *profundos* (y, en última instancia –como es bastante probable en Vico–, de fuerte interés *político*), a los cuales pueden ser referidas aquellas adopciones –al menos en algunos casos– como a estratos de significado subterráneos y, en su sustancia, ocultos a su autor, o sea como una configuración metafórica propia de una concepción *difusionista* y *naturalista* de la «verdad potente», de la «*vis veri*», de las *semillas de lo eterno verdadero*. Un imaginario naturalista, entonces, que sostiene la relación de correspondencia ontogénesis/filogénesis que sostiene a la epistemología de lo «*verum-factum*». Pero, finalmente, también la adopción de la premisa del valor de verdad que reviste la metáfora de la *luz*, etc.

Más importante aún para ahondar el pensamiento de un autor como Bruno resulta –a nuestro entender– una investigación metaforológica sobre diversas figuras de su lenguaje, a partir de las esenciales de la *escalera* y la *rueda*. Hemos intentado exponerla en los ensayos sobre Bruno ya mencionados.

24. En el original: *antichistico-antropologica* [N.d.t.].

25. Es bien conocido que la perspectiva de la escuela *anticuario-antropológica* francesa, que ha elegido moverse entre los umbrales del pensamiento mítico y del pensamiento racional y/o filosófico, ha avanzado propuestas y realizado análisis de notoria relevancia sobre las relaciones fundantes –podría decirse– entre *imagen política* y la elaboración de la representación filosófica de lo real. Tal perspectiva presenta un planteo (cuya primera elaboración puede remontarse a Vico por muchos aspectos, ante todo respecto de la concepción de la imaginación y de los orígenes del material metafórico) sustancialmente *genética* y *socio-antropológica*, *sociopsicológica*.

Esta posición resulta, en cambio, marcadamente distante de otras concepciones maduradas en tierra francesa (que tienen detrás de sí la noción de *inconsciente*), centradas sobre la autoproducción de



Referirse particularmente a esa escuela de investigaciones sobre la Antigüedad, que se nutre no casualmente con las grandes líneas y tendencias de la reflexión antropológica francesa, nos resulta conveniente además porque puede contribuir a ponernos en contacto con un problema esencial de nuestra exposición, proveyéndole además un ejemplo incisivo. Se trata del problema definible en términos de las «relaciones de fundación y luego de intercambio» que –a través precisamente de las *imágenes ocultas* y las *figuras recónditas*– se establecen entre las experiencias humanas de lo político y la representación misma de lo real en la génesis del pensamiento racional y/o filosófico; una génesis que se expresa en formas conceptuales en las cuales, tal vez, abrevia más tarde una producción de metáforas que puede volverse consciente de sí misma.

Con la dislocación del *estia*, del hogar, la que primero estaba en el centro del *agorà* isonómica y horizontal bajo la forma de *estia koiné*, y que luego pasa a ocupar el centro de la representación de todo el cosmos, elevándose a modelo analógico secreto, tenemos un ejemplo elocuente (en lo relativo al pasaje desde las representaciones míticas de la naturaleza a las racionales y verdaderamente filosóficas) de un fenómeno del que nos interesa poner en evidencia aspectos diversos, porque conciernen a nuestro tema.

En primer lugar, se tiene el testimonio de una crucial disposición general, por la cual, al menos en determinados procesos fundntes, la metáfora *no sigue* al concepto, no viene *después* de éste, o sea de la filosofía, ni queda así reducida a pragmática o, del modo que fuere, subordinada a funciones ornamentales, accesorias

---

facultades o dimensiones cognoscitivas imaginativas, como acontece en la reflexión de Bachelard o en la «*phantastique transcendente*» de Durand. Nos referimos sobre todo al trabajo de G. Durand, *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, PUF, Paris, 1963 (trad. italiana de E. Catalano: *Le strutture antropologiche dell'immaginario*, Dedalo, Bari, 1972). De todos modos, en esa escuela tiene su origen otra línea significativamente interesada también en lo *imaginario* y las *imágenes* de lo político, y de ella dan prueba varios trabajos recientes de Wunenburger, del cual el último es: J. J. Wunenburger, *Imaginaires du politique*, Ellipses Éditions, Paris, 2001; aunque también se pueden citar acá las páginas emblemáticas sobre el «arquetipo espacio-temporal» del «jardín del Edén» o sobre la «topografía insular de las utopías», compiladas en su *La vie des images*, Presses Universitaires de Strasbourg, Strasbourg, 1995. En rigor de verdad, no han faltado los encuentros entre todas estas diversas perspectivas. Wunenburger en particular, en sus bien documentados trabajos, se ha referido ampliamente a las investigaciones de Detienne, de Vernant, etc. Véanse especialmente las secciones iniciales de su libro reciente: *Une utopie de la raison. Essai sur la politique moderne*, La Table Ronde, Paris, 2002.

Una referencia a esta última escuela o dirección de estudios podría ser útil para abrir un discurso sobre la naturaleza *arquetípica* o sobre la matriz *psicobiológica* de tales metáforas, o de algunas metáforas y especialmente de las metáforas políticas, de algunas entre las familias metafóricas que revisten particular interés para esta exposición, tales como las *metáforas espaciales*: lo alto y lo bajo, la escalera y la cadena, pero también adelante y atrás, interno y externo, centro y periferia, derecha e izquierda. Volveremos sobre ellas.



y similares. Una cuestión, vemos, que desde ya plantea problemas a toda historia de la filosofía.

En segundo lugar, se tiene el ejemplo de una conceptualización universalizante de lo real, producida bajo la guía de un tipo de proyección que podríamos calificar como de naturaleza *sociomórfica*, *políticomórfica*, *urbanomórfica*, que es contemporánea a la constitución isonómica de la ciudadanía de la polis y de sus espacios: cuando «de la plaza de Atenas [...] salió la filosofía», según las intensas palabras de Vico.<sup>26</sup> Lo cual abre aún más problemas para una historia de la filosofía política, dado que las figuras *originarias* (pero determinadas temporalmente) de la representación conceptual de lo real llevan la huella profunda y un sentido radicado de las experiencias intersubjetivas, sociales, políticas, de las comunidades humanas; experiencia que luego –según un proceso de *cambio*– son pensadas y representadas como *apéndice* o *integración* dentro del cuadro cósmico.<sup>27</sup>

En tercer lugar, y siempre en relación con cuanto se ha dicho hasta ahora, se tiene el ejemplo de la elaboración de una particular *figura* espacial, representativa de la estructura ordenada del cosmos, sobre la base de un equilibrio armónico y paritario, según los principios y el imaginario horizontal de la isonomía entre los elementos que lo constituyen; *figura* que más tarde cumple la función de modelo de las relaciones de *orden*, de *mesura*, en el mundo humano, especialmente en el político, traducéndose en las diversas modulaciones de la metaforización *organística*, por ende de la correlativa metaforización *médica*, etc.

Nuestro discurso podría abrirse ahora a diversas cuestiones que están ante nosotros. Tanto aquellas muy importantes –las más importantes– que son pertinentes ya sea al carácter atemporal, arquetípico, ya sea –y viceversa– al histórico y bien

26. Un fenómeno que ingresa en una serie de procesos que comprueban sus principios fecundos sobre la producción *antropomórfica* y luego *sociomórfica* de las formas y figuras de lo real, y sobre principios icásticamente dictados en las dos primeras de sus célebres «dignidades»: «Por la indefinida naturaleza de la mente humana, cuando ésta se revierte en ignorancia, el hombre se hace regla del universo»; y «[e]s otra propiedad de la mente humana que, cuando los hombres no pueden hacerse una idea de las cosas lejanas y no conocidas, las consideren según las cosas que les resultan conocidas y presentes». Cf. G. Vico, *Principi di scienza nuova* (1744), 120, 122, 1043, en *Opere*, a cura di A. Battistini, Mondadori, Milano, 1990, vol. I, pp. 494-495 y 929.

27. A tal propósito, no carecería de interés referirse a *otra* escuela de Cambridge, la de los *ritualistas* de comienzos del siglo xx (J. E. Harrison, F. M. Cornford), los cuales –no por azar todavía bajo el influjo de grandes protagonistas de la reflexión antropológica francesa (Durkheim, Mauss, Lévy-Bruhl) habían puesto en marcha un trabajo fecundo (aunque un poco arriesgado, a veces) sobre los fenómenos de proyección de las formas de estructuraciones (por ejemplo: divisiones en fratrias y tribus) de los grupos sociales sobre las representaciones religiosas y después filosóficas del mundo natural, de la totalidad de lo real, y naturalmente sobre las mismas formas de organización lógica del pensamiento, con el acostumbrado fenómeno posterior de la inversión de las estructuras sociales en apéndice del ordenamiento del mundo natural.



determinado, de los *núcleos metafóricos*; como también las disposiciones a la mayor inercia y duración de las metáforas frente a los conceptos e ideas (inercia y duración que han sido atribuidas también a las metáforas políticas); o cuestiones más particulares, aunque también ellas no poco extensas y relevantes.

Pensamos en aquellas sugeridas por la restringidísima ejemplificación aducida hasta ahora. Esto es, la copresencia en el modelo ontológico de la cosmo-física tradicional (un modelo *cosmonómico* nacido quizás a través de procedimientos *figurativos* como los indicados) de dos paradigmas que circulan después, cuando se adoptan y utilizan metáforas *naturalistas*, *organicistas*, *médicas*. Un paradigma (que prevalece pero no de modo absoluto) de corte *jerárquico*, *vertical*, que guarda correspondencia con la jerarquía de los elementos del mundo sublunar en la cosmo-física tradicional, vigente hasta la afirmación de la ciencia moderna y que constituye el sostén del uso de tantas metáforas espaciales connotadas por la *valoración de lo que está arriba*. Y, viceversa, otro paradigma del *equilibrio isonómico*, en cierta medida adoptado a partir de los saberes médicos (hipocrático-galenistas), tomando como guía la imagen del equilibrio entre los elementos del cuerpo humano, pese a ser éstos axiológicamente diversos.

Pero pensamos también en la raíz *sociomórfica*, secretamente generadora de imágenes, del concepto de *mesura*, de *medianía*, que luego circula como una idea guía o como uno de los valores reconocidos en la cultura griega en general, y luego en la occidental, pero de manera destacada en la conceptualización aristotélica y en los *lenguajes* del «aristotelismo político».

En este punto, debemos extender los límites de nuestra exposición, por un lado, a una ulterior clarificación teórico-metodológica de lo que entendemos por *lenguajes*, un tema que está declarado en el título de estas páginas y que es objeto de una perspectiva bien diferente (esto ya debería ser claro) de la practicada por los contextualistas. Por otro, extendernos también a formas de ejemplificación en cierto modo abiertas por la referencia al concepto o figura de la *mesura*.

Conceptos-figuras como los de la *mesura*, o de la *quietud*, o del nexo *luz-verdad* y *luz-difusividad* (nexos fundamentales en la reflexión epistémica sobre el estatuto de los saberes en torno a lo político) han vivido en un régimen complejo, bien distinto al de un estado de transparencia, de tematización y de tematizabilidad, por parte de los autores más lúcidos que no han dejado de manejarlos. Estos conceptos-figuras remiten a la producción de horizontes de sentido que, en su sustrato más profundo, resultaban inalcanzables para quien vivía inmerso en ellos, como ocurre con los principios últimos sobre los que se sustenta la cosmo-física tradicional.

No es posible ahora discurrir sobre este tema con la debida amplitud. Sería, en realidad, interesante detenerse aún sobre algunas ejemplificaciones de los empleos



de metáforas, aunque más no fuera de las que pertenecen a una misma familia de metáforas. Como las espaciales, tal vez ensayadas sobre un solo campo metafórico: por ejemplo, el de la *escalera*, una figura que *resiste* inclusive en las perturbaciones y los trastornos, más aún: en las negaciones radicales de la cosmo-física y de la ontología (como las que Bruno lleva a la práctica), y que pensadores menos especulativos quizás anulan. Éste sería el caso de Rousseau, cuando hace a cada ciudadano el centro de un espacio político sin periferia.<sup>28</sup>

Sería interesante probar que también en una metaforización que la mayoría de los planteos representa como prácticamente inalterable o, más aún, como fundada sobre bases *psicobiológicas*,<sup>29</sup> sin embargo las relaciones entre lo *alto* y lo *bajo* resultan no poco cambiantes (ya que las configuraciones metafóricas del *fondo* o del *abismo* tienen también sus connotaciones positivas) y, sobre todo, están acompañadas o son contradecidas por la aparición o afirmación de otras configuraciones metafóricas. Pensamos, por ejemplo, en la de lo *interno* y lo *externo*, y por ende de lo *interior* y lo *exterior*; y en la de lo *visible* y lo *invisible* (al respecto cabe recordar las metaforizaciones –no sólo pero sí especialmente cristianas– del *corazón*, con la imagen de la fuerza interna o del ataque al corazón del Estado; pero también del *vientre*, o del *fuero interno* o la *trastienda*; o del *arcano*, el cual resulta también protegido positivamente en el secreto oculto de sus espacios: el *gabinete*, etc.). Pensamos también en la configuración metafórica de lo *intersticial*, del *pliegue*, presente en la literatura política moderna (*i.e.* de una razón de Estado ciertamente *administrativa*) antes de Foucault; lo cual nos lleva a la *governance*, una modulación terminológica de la antiquísima –y muy difundida en el lenguaje político– metaforización marina, articulada sobre la figura del timonel, el piloto, el *gubernator*.

Nuestra aspiración es concluir señalando algunas notas clasificatorias, ya prometidas, en torno a ciertas hipótesis metodológicas más personales sobre un estudio de la historia de los *lenguajes políticos* (filosófico-políticos, etc.),<sup>30</sup> haciendo,

28. Cf. J. J. Rousseau, *Contrat social*, en *Oeuvres*, Seuil, Paris, 1971, vol. III, p. 152.

29. En la literatura crítica italiana hay páginas interesantes sobre este aspecto, pero no todas convincentes, de Carlo Ginzburg: cf. su «High and Low: the Theme of Forbidden Knowledge», en *Past and Present*, 1976, pp. 28-41 (versión italiana: «L'alto e il basso. Il tema della conoscenza proibita nel '500 en el '600», en *aut aut*, 181, 1981, pp. 3-25).

30. No cabe volver sobre una definición y clarificación más argumentada de las premisas de los argumentos metodológicos aquí operantes, pues exigiría una exposición mucho más extensa. Bastará hacer referencia a una concepción del método y de la práctica de la investigación en la historia de los saberes y de los lenguajes abordados por la *filosofía*, o que abordan a la *filosofía* de inspiración *historicista* (o historicista en sentido amplio, si se quiere), la cual está regida por la convicción de que orientaciones maduras de un *historicismo crítico-problemático*, o también *existencial* (y atento, por ende, tanto

por lo demás, particular referencia a una *figura conceptual*, la *quietud*, donde la dimensión temporal se entreteje con la espacial. La hemos evocado al comienzo de este ensayo y ya hace un tiempo la hemos hecho objeto de nuestros trabajos, individualizándola como un *metaprincipio*, una idea guía en larga medida no tematizada ni tematizable en un lenguaje como el «aristotelismo político».<sup>31</sup>

Pensamos sobre todo en una historia de los *lenguajes*, que ha de ser estudiada con relación a un texto, a un autor (siempre contextualizables atentamente), pero también a un *tiempo*, una *tradición*, para analizar a partir de ciertos lugares particulares de un discurso (*segmentos teóricos*, *elementos lexicales*, etc.), inscriptos en campos temáticos que, a su vez, son reconducibles a *premisas* (*valores*, *ideas clave*, *horizontes de discurso*, etc.); premisas, finalmente, que pueden haber sido dichas o tematizadas en la forma de principios, o viceversa, que pueden estar regidas, pero no ser tematizadas ni *intencionables*, por *metaprincipios* que (y éste es el punto que más interesa en esta exposición) pueden estar *expresados* en las formas *lingüísticas* de metáforas *profundas* o *absolutas* o como se las quiera llamar.<sup>32</sup>

Ahora bien, permaneciendo en el ejemplo del «aristotelismo político», vemos que se trata de un *lenguaje* (dinámico, se entiende) donde es posible individualizar varios lugares discursivos pequeños y determinados, como por ejemplo las formas, sujetos, funciones, modalidades del saber o técnicas de la conservación de la ciudad; o la *mixtura*, o los caracteres y fines del *hombre bueno*, etc.; pero

---

a la dimensión limitada del ser humano, como también al «mundo de la vida» y a las formas precatatorias de acceso al conocimiento, etc.), lejos de favorecer concepciones *lineales* y formas de *teleologismo* y de *transparencia* en la lectura de la historia del pensamiento, permiten más bien pensar una apertura hacia los elementos de discontinuidad de los universos epistémicos y lingüísticos (a partir de la conciencia de la complejidad de las relaciones entre «mundo de la vida» y expresiones de la intencionalidad lingüística) y también volver a reflexionar de manera teóricamente significativa sobre el carácter de *apriori histórico* que asumen aquellos universos, o sobre el de la fundante decibilidad [*dicibilità*] histórica de determinados campos metafóricos, etc.; en consecuencia, aperturas hacia renovadas aproximaciones a las modalidades propiamente lingüísticas del pensamiento filosófico.

Entendemos, entonces, que esta destacada atención al elemento de la discontinuidad, de la historicidad, que marca las perspectivas de las mejores investigaciones en el ámbito metaforológico, permite al menos un régimen de convivencia, si no de conjugación fructífera, con las perspectivas metodológicas e historiográficas crecidas sobre el terreno común de una sensibilidad historicista, sobresaliente de modo particular en la cultura italiana de la segunda mitad del siglo XX, nunca cansada de ponerse en guardia contra los peligros de planteos cerrados sobre sí mismos y descontextualizantes de los fenómenos culturales.

31. Sobre el tema de la *quietud*, se nos permita remitir a otro de nuestros trabajos: «I percorsi della "quiete". Aspetti della trattatistica politica meridionale del primo Seicento nella crisi dell' "aristotelismo político"», *Bolletino del Centro di Studi Vichiani*, XVI, 1986, pp. 7-93.

32. Para un tratamiento sumario de orden teórico-metodológico y una ejemplificación de un *lenguaje* como el del «aristotelismo político» desde la perspectiva indicado, remitimos nuevamente a nuestro ya citado «Crisi dell'aristotelismo politico e ragion di Stato...»: cf. pp. 43 ss.

también ámbitos temáticos más generales, como las actividades y los saberes, las formas políticas y la temporalidad, o el *vivir bien*, etc. Pero son individualizables todavía más elementos: *premisas* y valores-principios más generales, como el orden jerárquico y armónico de los fines, o la *perfección-quietud* resultante de la realización de una sustancia, la disposición benéfica del ser humano para la vida social. Finalmente, también encontramos *metaprincipios e ideas-fuerza*, como la de una tendencia de la verdad a difundirse, o la de un orden ontológico armónico de los elementos del *cosmos* o de los fines de la vida humana, o la de una *positividad intrínseca* de la quietud, etc.

Precisamente estos *metaprincipios*, estas *ideas-fuerza* se presentan al intérprete como *ideas clave* para acceder a los significados más profundos de los lenguajes de determinados autores, *épocas, tradiciones*; pero es también precisamente por esto que resultan no tematizables (o lo son, como mucho, en una medida extremadamente reducida), no intencionables, y, entonces, no conceptualizables sistemáticamente dentro de las formas de pensamiento originarias. Por el contrario, tales metaprincipios quedan más bien confiados a las *trazas*, a los *indicios*, prioritariamente de tenor *metafórico*, a través de los cuales cabe reconstruir *arqueológicamente* las modalidades y discontinuidades propias de los intentos de decir la experiencia.

Para retomar los ejemplos aducidos: el *metaprincipio* de la tendencia a la difusión, que es propia de la verdad (el cual *viene a la luz* en Aristóteles y en los aristotelismos, sobre todo en la tradición del saber prudencial) expresa, en efecto, la blumenbergiana «metaforología de la verdad potente» (y se lo puede remitir a la figura de la relación entre luz y verdad); la idea de un orden armónico del cosmos y de los fines reposa en gran medida sobre una redisección en el cosmos de un imaginario *sociocéntrico*, que quizás encuentra expresión también en la forma de una «metaforología urbana»; la idea de la intrínseca positividad de la quietud-perfección se asienta sobre un imaginario tradicional que, probablemente, también sea reconducible a valores sociopolíticos, aunque, de todos modos, su peculiaridad no fuera dialécticamente accesible antes de que tuviera lugar la producción moderna (o, quizás, su precedente *judeocristiano*) del nexo entre positividad y conflicto, *perfección y movimiento, proceso*.

El interés de semejante tipo de aproximación a esta temática puede consistir en establecer una conexión o un empalme entre las modalidades que son ya usuales en los estudios de *discursos y lenguajes*, y las modalidades de los estudios sobre los empleos de registros, módulos, modelos de tipo *retórico, metafórico*. En esta perspectiva, el estudio de la vastísima y compleja fenomenología de tales empleos y utilizaciones, que están entramados y estratificados en los usos fácticos de este o aquel *lenguaje*, debe sobre todo intentar disponerlos y entenderlos según el



elemento o el grado de *intencionalidad*, de *tematización*, que pueda ser relevado en ellos.

Se trata de una perspectiva de trabajo no fácil, muy delicada, y que por cierto puede ser subordinada al gusto por los atajos interpretativos y las fugas hacia las grandes construcciones teóricas, lejanas tanto de los rigores de la filosofía paciente, como de la *seriedad* de la reconstrucción consciente y hasta de la intensificación sistematizante de esa trama conceptual que es propia de textos, concepciones y *filosofías* de la política. Sin embargo, entendemos que ese género de perspectivas de investigación no puede evitarse, so pena de dar por asumida sin discusión, junto con la génesis presuntamente transparente del pensamiento (y, peor aún, del pensamiento político), una historia de la filosofía política también transparente y toda ella rigurosamente conceptual.

Università degli Studi di Salerno

